





DEL EVOLUCIONISMO SOCIAL
AL PARTICULARISMO HISTÓRICO.

LA IMPORTANCIA DE REMAR CONTRA LA CORRIENTE

Vilma Esther Sierra Sánchez
vilma.sierra@udea.edu.co

Resumen:

En este ensayo se realiza en primer lugar una breve descripción sobre los planteamientos de corte evolucionista que colmaron la antropología de finales del siglo XIX e inicios del XX, época por la que escribiera el antropólogo estadounidense de origen alemán, Franz Boas; posteriormente, se presentan las críticas por él realizadas tanto a los determinismos geográfico, lingüístico y biológico, así como al método comparativo y la corriente teórica difusionista; lo que permite finalmente comprender la importancia que ha tenido el particularismo histórico propuesto por Boas en el progreso de la antropología como ciencia social.

Palabras clave:

Particularismo histórico, Franz Boas, determinismo geográfico, determinismo biológico, determinismo lingüístico, difusionismo, método comparativo.

Abstract:

This essay makes in the first place, a brief description of the evolutionary approaches that fulfilled the anthropology of the late nineteenth and early twentieth centuries, period in which the north american anthropologist, Franz Boas would write; then, it is presented the criticism that he made of the geographic, linguistic and biological determinism, as well as to the comparative method and the theoric diffusionist trend, which finally allows us to understand the relevance of the Historical particularism proposed by Boas in the progress of the anthropology as a social science.

Keywords:

Historical particularism, Franz Boas, geographical determinism, biological determinism, linguistic determinism, diffusionism, comparative method.

Introducción

Luego de estudiar la teoría antropológica evolucionista, según la cual la sociedad evolucionó de un estado primitivo a otro civilizado mediante etapas diacrónicas y unilineales que pretendieron hallar semejanza entre culturas dispares y distantes, juzgando como inferior a toda otra diferente de la europea y más aún, luego de reconocer la vigencia de estos planteamientos en las dinámicas de la sociedad actual, es preciso rescatar el importante aporte que Franz Boas realizó, no sólo a la antropología, sino también a la humanidad al cuestionar, con argumentos, los planteamientos de la corriente evolucionista en un momento en el que la razón había desplazado a la fe y en el que la incertidumbre de la humanidad se refugiaba en las explicaciones que la ciencia positivista le proporcionaba, una época en que los límites de los diversos grupos se establecían de forma arbitraria y las generalidades se planteaban sin mayor reparo a partir de evidencias fragmentadas que tomaban como punto de referencia a la cultura europea. Por tanto, pretendo a través de este escrito, realizar una breve descripción de los planteamientos aceptados en el tiempo en que Boas escribiera y exponer grosso modo las críticas que hizo, básicamente a los determinismos geográfico, lingüístico y biológico, afianzados por el evolucionismo social; del mismo modo se esboza su crítica a la corriente teórica del difusionismo, la cual se planteó como antítesis del evolucionismo y del desarrollo en paralelo hacia finales del siglo XIX, así como las falencias que, desde su punto de vista, tenía el método comparativo, sin negar de modo alguno la importancia de los aportes logrados gracias a su implementación. A partir de esto y gracias al valor que le confirió a la etnografía como herramienta para establecer relaciones históricas y pruebas empíricas de las mismas, Franz Boas dio vida a lo que, décadas después, Marvin Harris llamaría particularismo histórico, visto como una manera de estudiar los grupos humanos sin caer en prejuicios y generalidades arbitrarias, sino por el contrario, dando valor a cada cultura por lo que es desde su singularidad. Para quienes estamos estudiando antropología, no sólo es obligatorio conocer el aporte de este antropólogo, sino que es importante evaluar si realmente se trata de un planteamiento obsoleto o si por el contrario, es vigente en la sociedad actual.



Del evolucionismo social al particularismo histórico

“...No niego que éstas (las teorías antropológicas) constituyen una ayuda importante en la consecución de la verdad, pero no deben ser divulgadas antes de haberlas sometido a un análisis minucioso, no sea que el público crédulo confunda la fantasía con la verdad.” (Boas, 1964, p. 264)

En la época en que el antropólogo estadounidense de origen judío alemán Franz Boas hiciera sus contribuciones respecto al carácter epistémico y metodológico de la antropología, la relación interdependiente entre raza, lenguaje y cultura “era representativa de la opinión culta, tanto en la antropología como en general en la sociedad occidental” (Harris, 1996, p. 222), es decir, los determinismos biológico y lingüístico, a menudo acompañados por el determinismo geográfico y fomentados por el evolucionismo social, encabezaban las explicaciones que de las culturas, diferentes a la europea, se hacían a finales del siglo XIX e inicios del XX. Los antropólogos evolucionistas usaban, tal como lo menciona Franz Boas (1964), el término primitivo para referirse tanto a la forma corporal como a la cultura, aludiendo a una relación directa y fija entre el tipo físico y las producciones culturales, cuya simpleza o complejidad eran determinadas a partir de patrones familiares para la civilización de referencia, la europea, pero extraños a la cultura que sería valorada, en otras palabras, se trataba de un sistema de clasificación basado en el prejuicio, que colocaba en el ápice de la jerarquía social a la “raza blanca”, en tanto modelo ideal o superior entre la especie humana y justificaba así el discurso de segregación y dominación colonialista, de hecho, el evolucionismo social se instrumentalizó políticamente para justificar la intervención colonial en África, por ejemplo.

Este prejuicio, como bien lo explica Franz Boas, obedecía al aislamiento racial de Europa, el cual dio lugar a la llamada “aversión instintiva” (Boas, 1964, p. 20) que basada en la experiencia diaria otorgaba a las formas corporales un valor estético, de modo que los tipos extranjeros resultaban anormales si se les comparaba con el acostumbrado tipo europeo. No obstante, aunque podría considerarse que el prejuicio hacia un grupo desconocido es tan antiguo como la humanidad misma, durante el apogeo del evolucionismo social, el racismo había sido revestido de ciencia, puesto que “antes del siglo XIX, ninguna

nación había recompensado nunca a sus sabios por probar que la supremacía de un pueblo sobre otro pueblo era el resultado inevitable de las leyes biológicas del universo” (Harris, 1996, p. 89). Por aquella época la mayoría de las clasificaciones se basaban en comparaciones sobre el tamaño del cerebro, la estatura, la pigmentación de la piel y la calidad y forma del cabello; a través de ellas se determinaba y generalizaba la desviación de los grupos “analizados” respecto de la media y se les asignaba una posición social equivalente. Este razonamiento se vio además reforzado por la idea de que los logros materiales, especialmente, de una civilización eran prueba fidedigna de su aptitud, la cual a su vez dependía de la perfección del cuerpo y la mente. De este modo, se consideraba que, “puesto que la aptitud del europeo es la más elevada, su tipo físico y mental es también el superior, y toda desviación del tipo blanco representa necesariamente un rasgo inferior” (Boas, 1964, p. 21). Pero no sólo se consideró superior la forma corporal y la mentalidad del europeo, sino también su código ético, sus conocimientos, su arte, sus instituciones sociales, sus invenciones, es decir todas sus producciones tanto materiales como simbólicas.

Por otra parte, a esta relación entre tipo físico y cultura se suma la presunción de que el lenguaje estaba igualmente determinado en esta tríada, ya que se consideraba que la claridad del pensamiento de un pueblo dependía en gran medida de su idioma, y para evaluarlo, se buscaba identificar el uso o la ausencia de formas gramaticales para expresar ideas abstractas y generalizadas. (Boas, 1964) Sin embargo, tal como en

la clasificación de las razas, los parámetros para “evaluar” un idioma extranjero eran subjetivos y pretendían hallar equivalentes a las formas gramaticales e intereses de los países europeos. Además, el lenguaje mismo contiene matices racistas que pueden pasar desapercibidos, debido a la naturalización derivada de la permanencia en la cultura.

Si además de esto se considera la importancia que desde la psicología fisiológica se confirió a la supuesta determinación hereditaria de las funciones mentales y culturales de las razas, y si no perdemos de vista que las sociedades y sus interrelaciones eran interpretadas como sistemas con estructuras y funciones orgánicas, es posible entender por qué por aquella época se llegó a contemplar la posibilidad de mejorar la mentalidad nacional mediante mecanismos de selección similares a los empleados por el hombre en sus producciones domésticas, puesto que “si los más fuertes y aptos –según la escala evolutiva– estaban predestinados a una posición privilegiada, una nación enferma tenía reducidas posibilidades para sobresalir en el contexto mundial” (Calvo y Saade, 2002, p. 49). A modo de ejemplo y sin ir muy lejos, es posible mencionar que durante los primeros años del siglo XX, países como Argentina, Chile, Brasil y Venezuela implementaron una política de inmigración masiva de mano de obra europea que aportara un sustento nuevo para la nacionalidad, mientras en Colombia, donde la raza también era vista como un obstáculo para el progreso, “los esfuerzos por transformar al pueblo se concentraron en el desarraigo de sus costumbres y sus formas de vida, entendidas como emanaciones enfermizas de



la raza nacional” (Calvo y Saade, 2002, p. 60). La educación jugó igualmente aquí un papel importante, puesto que en sus manos estaba la formación de individuos útiles a la sociedad y “la escuela se convirtió en un lugar de medicalización y moralización de la raza, más que en una institución para la difusión del saber” (Calvo y Saade, 2002, p. 75) puesto que sería allí donde los niños estarían protegidos del contagio de los vicios inherentes al medio racial, al tiempo que se convertirían en objeto de investigación. La higiene también desempeñó un rol definitivo en la prohibición incluso del consumo de bebidas tradicionales como la chicha, por considerarse ésta causa de degeneración de la raza, cuyos efectos en el cuerpo y espíritu del consumidor serían heredados a su descendencia durante varias generaciones posteriores (Calvo y Saade, 2002).

Este ejemplo permite hacerse a una idea de cómo los cambios en el contexto internacional modificaron rápidamente las discusiones de los intelectuales en diferentes partes del mundo acerca del perfeccionamiento de la raza humana en términos evolutivos, el cual lejos de generar procesos de integración entre “lo tradicional” y “lo moderno”, significó una política de desarraigo frente a una “raza degenerada e irracional”, inhibiendo por tanto la capacidad creadora de cada pueblo, o como lo diría Franz Boas (1964) “la rápida dispersión de los europeos por el mundo entero destruyó todos los promisorios comienzos que habían surgido en varias regiones” (p.30). Por otro lado, se evidencia la concepción, la idea por lo menos, de raza en términos de unidad biológica y de estándar que caracteriza a cada nación, es decir, se habla de “la raza nacional” como única forma corporal y a la que se le confiere el lugar determinante de las cualidades mentales y culturales de los individuos pertenecientes a ella; es importante señalar, entonces, que no se puede pensar en unidad biológica en términos de raza nacional, pues la primera noción no permite pensar lo segundo; se observa además que por aquella época Europa era reconocida como centro de la civilización y modelo a seguir, de tal modo que los planteamientos de corte evolucionista se grabaron en la vida familiar, política y económica de las naciones.

Por todo lo anterior, es posible reconocer que no fue fácil para Franz Boas, en su época, nadar contra la corriente evolucionista social, pero, fue el lugar privilegiado que concedió a la evidencia empírica, lo que le dio las herramientas clave para cuestionar las “débiles” bases de dicha teoría; además,

aprovechó sus conocimientos en física y matemáticas para apoyar, desde la estadística, sus argumentos y se valió de planteamientos hechos por autores como Charles Darwin, Sigmund Freud, Johann Gottfried Herder y Adolf Bastian, entre otros para dar fuerza a su posición frente a la manera como se explicaba la sociedad en aquel momento.

Ahora bien, con el objetivo de referirme a las críticas que Franz Boas realizó a los planteamientos evolucionistas descritos en los párrafos anteriores, es necesario aclarar que él no negó la evolución de la especie humana, de hecho, reconoció la existencia de órganos rudimentarios como prueba de la línea evolutiva que había seguido la humanidad desde tiempos pre-humanos, del mismo modo que interpretó la reducción de algunos órganos como indicio de las modificaciones que continúan ocurriendo en el organismo humano; sin embargo, no aceptó la idea de que todas las razas debieran haber pasado por las mismas etapas evolutivas como si se tratara de una única fórmula de desarrollo, ni que las causas de sus transformaciones debieran ser necesariamente las mismas, de hecho, aclara que no se pueden estudiar los grupos humanos como si se tratara de plantas, sino que entendió la evolución como el proceso en el que los cambios corporales están determinados por la influencia de la domesticación sobre el organismo, destacando el efecto de la alimentación, el cual se da en doble vía, es decir, la comida nos transforma mientras la transformamos a ella; el esfuerzo físico, el cual dependía principalmente de las actividades relacionadas con la satisfacción de las necesidades básicas; la selección, que actúa principalmente

a través de la estratificación social y el cruzamiento, el cual fue y es una realidad que ni los prejuicios sobre razas, lenguajes y culturas, ni las sanciones legales pudieron evitar. Todas estas son respuestas que los grupos humanos han dado a los desafíos que el medio ambiente les ha planteado y, dado que el medio no es homogéneo, las respuestas tampoco deben ser necesariamente las mismas.

Boas y el método comparativo

Es apropiado en este punto, hacer referencia al método comparativo, a partir del cual la existencia de costumbres similares en lugares apartados, se interpretó como la respuesta que la mente humana proporcionó, regida por leyes universales, a una serie de fenómenos cuyas causas serían también las mismas. Ejemplos de dichos fenómenos son el uso del fuego, la idea de una vida posterior a la muerte, ciertos rasgos elementales de la estructura gramatical, el poder mágico y la idea de un alma humana, entre muchos otros. Sin embargo, tal como lo manifestó Boas (1940) “las ideas no existen en todos los lugares de forma idéntica, sino que varían, ya sea por causas externas, cuando se basan en el entorno, o internas, cuando se basan en condiciones psicológicas” (p. 86), es decir, las causas de dichos fenómenos son tan variables como el medio que habitan los grupos humanos y las percepciones que de él tienen, lo que determinará a su vez las relaciones que establezcan con él, con los demás grupos e incluso, entre los individuos del mismo grupo; de este modo, las comparaciones a partir de patrones europeos, se tornan arbitrarias



e insostenibles. Esto no significa que deban desconocerse los resultados obtenidos por el método comparativo, sino que su proceder debía ser replanteado. Es así, como Franz Boas propone su método histórico, mediante el cual debe definirse un área geográfica y sus comparaciones no deben extenderse más allá de los límites del área cultural, de modo que los patrones de medida estarían relacionados con lo que, para esa cultura puntual y entendida ya como un todo, es importante.

Adicionalmente, este método privilegia la historia de cada pueblo - es por esta insistencia en la historia particular, que Harris propone llamarlo como tal - como insumo para explicar las semejanzas y las diferencias culturales entre unos y otros, de modo que aunque la estructura mental humana y su capacidad de respuesta ante estímulos externos son universales, las causas de dichas respuestas no deben ser necesariamente las mismas, así como tampoco es necesariamente cierto que las mismas causas conlleven a iguales respuestas. Con esto, Boas plantea la posibilidad de que aquellos fenómenos similares hubieran surgido de manera independiente en sitios distantes; a modo de ejemplo propone: "Incluso entre los esquimales, que tan maravillosamente han logrado adaptarse a su medio geográfico, costumbres tales como los tabúes que prohíben el consumo promiscuo del caribú y la foca impiden que hagan un uso más completo de las oportunidades que les ofrece su región" (Boas en Harris, 1996, p. 242). Con este ejemplo, es posible apreciar que aunque alimentarse es una necesidad biológica a la que distintos grupos humanos ha debido dar respuesta, la

elección de los recursos naturales para suplir dicha necesidad obedece tanto a la disponibilidad de estos recursos en el medio, como a los códigos culturales construidos y aceptados por el grupo. Y es también gracias a planteamientos como este, que Boas hace sus críticas al determinismo geográfico, según el cual a cada área geográfica correspondía un tipo físico determinado, ya que si bien es cierto que el medio moldea, no es del todo determinante porque también somos producto de los componentes cultural y biológico.

No obstante, hacia finales del siglo XIX se planteó, como antítesis del evolucionismo y el desarrollo paralelo, la corriente teórica difusionista según la cual las similitudes de ciertas manifestaciones culturales se deben a su dispersión geográfica a partir de centros de creación únicos. Este planteamiento encuentra por tanto imitadoras a unas culturas frente a otras y las juzga como inferiores. Ante esto Boas también se pronuncia, y no es que negara la difusión, de hecho reconoce que "las ideas se han difundido cada vez que los pueblos se pusieron en contacto. Ni la raza ni el idioma limitan su propagación" (Boas, 1964, p. 23) y afirma que "la arqueología, así como la etnografía, nos enseña que las relaciones entre tribus vecinas siempre han existido y se han extendido por grandes áreas" (Boas, 1940, p. 91). Los matrimonios mixtos, las guerras, la esclavitud y el comercio se constituyen como fuentes de constante introducción de elementos culturales extranjeros; sin embargo, Boas propone la difusión más como un préstamo cultural que como la única forma de explicar las manifestaciones comunes entre los pueblos.

Para citar un ejemplo, quisiera considerar la convergencia de rasgos religiosos tanto africanos como españoles, en el ritual funerario lumbalú en San Basilio de Palenque, de acuerdo al sincretismo de divinidades, santos y demás deidades de unos y otros, al igual que el uso de instrumentos como el tambor y el contenido de los cantos durante toda la ceremonia. También podría considerarse aquí el intercambio de caballos y tejidos de seda por hombres y oro, que tuvo lugar durante la trata de esclavos, o la difusión de la tecnología y las tendencias de moda gracias al comercio y los medios de comunicación.

De este modo, tanto la difusión como el desarrollo independiente de ideas son posibles al momento de explicar las semejanzas entre culturas, lo importante según Franz Boas es probar las conexiones históricas entre los grupos antes de atreverse a plantear generalidades. Por otra parte, Boas cuestiona la relación que por mucho tiempo se aceptó entre raza, lenguaje y cultura, demostrando a partir de estudios frenológicos, geográficos y biológicos de la época, que la raza no puede ser concebida como un tipo subjetivamente establecido y mucho menos como una unidad biológica estable, ya que la variabilidad es la única constante en esta tríada, y tal variabilidad puede ser observada incluso entre los individuos de una misma raza, debido a la influencia que el medio ambiente natural ejerce sobre las formas biológicas. En este punto es preciso recordar que, de acuerdo con Charles Darwin, ni siquiera los hijos de los mismos padres son idénticos y que los cambios anatómicos ocurren ante la necesidad del individuo de adaptarse al medio que habita y a leyes de variación como la correlación del desarrollo, según la cual la organización biológica está íntimamente vinculada durante el crecimiento y desarrollo del individuo, de modo que las variaciones en el joven pueden afectar la estructura del adulto (Darwin, 1993: 75); esto podría explicar por qué la desnutrición, asociada en muchas ocasiones a la condición económica de un individuo puede limitar su desarrollo, viéndose reflejado ya sea en su peso, en su tamaño e incluso en el desarrollo de órganos importantes como el cerebro, contrario a la simple conjetura de que algunas razas tienen un cerebro menor que el de la europea, justamente por pertenecer a tal o cual raza. Además demuestra que es posible hallar tipos físicos similares en regiones apartadas y sin ningún vínculo genético.

Dado que la raza se consideraba determinante de la capacidad mental de los grupos humanos, una vez se demuestra



que las formas biológicas varían, se hace imposible sostener la idea de que cada raza tiene una personalidad determinada, por el contrario, se entiende que los comportamientos de los grupos humanos están determinados por la cultura, la cual no se transmite por herencia sino que debe ser aprendida. Además, gracias a la permanencia del antropólogo al interior de culturas diferentes a la suya, así como al estudio de sus códigos lingüísticos y sus relaciones, es posible comprender que no existen lenguajes inferiores ni superiores, pues cada uno posee las herramientas necesarias para que quienes lo comparten puedan comunicarse de acuerdo a su forma de percibir el entorno. Las migraciones de ciudadanos de una nación a otra, son un claro ejemplo de que es posible participar de una cultura diferente a la propia sin que ello implique cambios inmediatos en la estructura biológica de los migrantes, y que el aprendizaje de un idioma nuevo no necesariamente implica el abandono del materno, ni la renuncia a su cultura.



CONCLUSIONES

A modo de conclusión, puedo decir que gracias a las correcciones que Franz Boas propone al método comparativo y a las críticas que realiza a los determinismos y al difusionismo cultural, se demostró, y se demuestra, que ningún grupo humano es superior a otro y que cada grupo que se quiera estudiar debe ser tomado en cuenta como una totalidad, a fin de evitar la formulación de generalidades absurdas y prejuiciadas. También gracias a él cada individuo ocupó un lugar como tal, como individuo, dentro del colectivo, siendo igualmente importante respecto al grupo. De acuerdo con Marvin Harris, “los que aseguran que Boas retrasó el progreso de la antropología como ciencia no valoran adecuadamente las fuerzas culturales ocultas tras la reforma del particularismo histórico” (Harris, 1996, p. 218) ya que fue gracias a él que la disciplina tomó un verdadero carácter científico al poner a prueba los esquemas deterministas mediante la experiencia etnográfica, la cual en el presente, sigue siendo una herramienta clave para el entendimiento y explicación de las culturas.

Considero que el desarrollo de la sociedad ocurre sólo cuando el juego de contrarios es posible, es decir, cuando los argumentos se oponen y se discuten, porque gracias a ello, se re-significan los conceptos y se trazan nuevos caminos y, si bien es cierto que el evolucionismo sigue vigente como hecho social, el particularismo histórico nos permite defender nuestra singularidad como cultura y como individuo.

BIBLIOGRAFÍA

- Boas, F. 1964. *Cuestiones Fundamentales de Antropología Cultural*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Solar.
- Boas, F. (1940). Las limitaciones del método comparativo de la antropología. En P. Bohannan, M. Glazer (Ed.), *Antropología. Lecturas*, (pp. 85-92). Madrid, España: McGraw Hill.
- Calvo, I. y Saade, M. 2002, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Cultura.
- Darwin, C. 1993. *Textos Fundamentales*. Barcelona, España: Ediciones Atalaya, S.A.
- Harris, M. 1996, *El desarrollo de la Teoría Antropológica*. Recuperado de <https://antroporecursos.files.wordpress.com/2009/03/harris-m-1968-el-desarrollo-de-la-teoria-antropologica.pdf>

